

## MESOAMÉRICA EN EL POSCLÁSICO: EL CONTEXTO IMPRESCINDIBLE

---

José Luis de Rojas

*Universidad Complutense de Madrid*

En un reciente repaso sobre los estudios mesoamericanos, Michael E. Smith ha manifestado algunos problemas que a su modo de ver, afectan nuestros trabajos sobre Mesoamérica en el posclásico, en los que los estudios sobre el imperio de Moctezuma forman la inmensa mayoría. El primer problema es la falta de un *corpus* de objetos de todo tipo. Es una carencia importante, que refleja el gran desequilibrio que hay entre los estudiosos, donde los arqueólogos y los historiadores del arte tienen un peso minoritario,<sup>1</sup> pero de más trascendencia a nuestro modo de ver es el segundo problema:

A second problem that plagues Aztec studies is scholarly provincialism. In one form of provincialism, practitioners of various methodological approaches fail to consult data from

Fecha de recepción: 8 de enero de 2004

Fecha de aceptación: 12 de febrero de 2004

---

<sup>1</sup> Véase ROJAS, "Los aztecas".

other approaches or else they use such data in uncritical or simplistic ways. Too many archaeologists have a poor understanding of the documentary data and art historical methods and too many ethnohistorians and linguists fail to use archaeological data well (if at all). Another kind of provincialism is even more detrimental to the advance of Aztec scholarship. Many U. S. scholars ignore relevant work by Mexicans published in Spanish, and many Mexicans seem unaware of key scholarship published in English. Furthermore, too many scholars in both the U. S. and Mexico fail to cite our European colleagues.<sup>2</sup>

[Un segundo problema que plaga los estudios sobre los Aztecas es el provincialismo de los estudiosos. En una de las formas de provincialismo, los practicantes de diversos enfoques metodológicos simplemente no consultan los datos de los otros o usan tales datos en forma superficial o acrítica. Demasiados arqueólogos tienen un pobre entendimiento de los datos documentales y de la historia del arte y demasiados etnohistoriadores y lingüistas no hacen buen empleo de los datos arqueológicos (si es que los usan). Otra forma de provincialismo es incluso más perniciosa para el avance de los estudios sobre los aztecas. Muchos investigadores de Estados Unidos ignoran trabajos relevantes de mexicanos, publicados en castellano, y muchos mexicanos parecen no estar interesados en los trabajos clave publicados en inglés. Además, demasiados investigadores tanto en México como en Estados Unidos no citan a nuestros colegas europeos.]<sup>3</sup>

La nota 3 del mismo trabajo se refiere a la falta de comunicación entre estudiosos del área maya y del centro de México.

<sup>2</sup> SMITH, "Perspectives", pp. 6-7.

<sup>3</sup> Salvo indicación contraria, todas las traducciones han sido realizadas por el autor del artículo.

Como europeo, con obra mayoritariamente escrita en castellano, estoy consciente de los efectos de la última frase de la cita. Como estudioso que ha practicado tanto la arqueología como la lectura de documentos, con un énfasis especial en los indígenas, tanto los escritos en sus caracteres, como los que fueron redactados utilizando el alfabeto latino, estoy consciente de la primera parte, y en alguna ocasión he escrito sobre ello,<sup>4</sup> pero las cosas van despacio y las costumbres tienden a perpetuarse aunque, afortunadamente, las voces que claman por hacer algunos cambios cada vez son más.

En este trabajo pretendemos destacar algunos problemas que afectan a nuestros estudios, dar crédito a esas voces que promueven nueva —y mejor— forma de hacer las cosas y proponer algunos cambios que nos permitan tener un mejor panorama de lo que ocurrió en el México prehispánico en los siglos anteriores a la llegada de los españoles.

Comenzamos por los dos problemas ya reseñados al comienzo del texto. El “provincialismo” de los investigadores es mala práctica que habría que desechar. Una de las obligaciones de los profesionales es estar al tanto de lo que se publica referente a su campo de estudio, independientemente de la lengua en que esté escrito. Y aunque no todo el mundo tiene la capacidad de aprender todas las lenguas en las que se escribe sobre su tema, sí debería hacerlo con las principales, de manera que no es de recibo que, en nuestro campo de estudio, un hispanohablante no conozca el inglés, ni que un anglófono desconozca el castellano. Peor lo tie-

---

<sup>4</sup> Véanse ROJAS, “El transporte”, “Los aztecas”, “Acerca” y “El indio evanescente”.

nen los hablantes de otras lenguas, que tienen que aprender dos, y en la mayoría de los casos nos sacan las vergüenzas a la luz, como ocurre con los colegas holandeses, alemanes y polacos, por poner unos ejemplos. Por otro lado, la excesiva "filiación profesional" hace que un investigador tenga que declararse "arqueólogo", "etnohistoriador", "lingüista" o "historiador del arte", siendo acusado de intrusión si invade las parcelas reservadas a los otros, con los resultados apuntados por Smith, de ignorar lo que hacen los demás ante la falta de capacidad para entenderlo, entenderlo mal, o por nuestra renuencia a trabajar en equipo. Esta parcelación de los campos de estudio, a nuestro gusto excesiva y perniciosa, tiene dos vertientes más: la espacial y la temporal.

El espacio físico nos plantea un problema añadido, que tiene fácil solución en nuestra propuesta de emplear Mesoamérica como unidad de referencia: la no relación entre áreas. Los estudiosos de Oaxaca la estudian como en Puebla se examinan problemas de la región y en Michoacán se hace énfasis en los purépechas, por poner algunos ejemplos, mientras que en el centro de México, y gran cantidad de no mexicanos, se dedican al "Imperio Azteca". Y unos y otros se ignoran olímpicamente. Si examinamos las tablas cronológicas de los manuales de arqueología, en casi ningún sitio aparece la presencia mexicana, y si estudiamos a éstos, el imperio se extendía por toda Mesoamérica. Es posible que parte del desfase se deba a problemas relacionados con los métodos de estudio, pero debemos estar conscientes de que las cosas no nos cuadran. Y que si no lo hacen, es señal de que vamos mal. En los documentos escritos tenemos un extenso imperio de Tenochtitlan o de la

Triple Alianza, y en la arqueología, como no hemos definido un horizonte mexica, pues no aparecen. ¿Estaban o no? Pensamos que sí, y lo que ocurre es que mezclamos peras con manzanas y no nos salen las cuentas. Aquí es donde nos vendría muy bien tener ese *corpus* que mencionaba Michael Smith, aunque ampliado a objetos mesoamericanos, con el fin de establecer comparaciones, o dejar claro que el imperio de Tenochtitlan duró tan poco que su efecto en los asuntos materiales es difícilmente apreciable. De ser así, el estilo de aquéllos debe ser relacionado con otras cosas, sin desdeñar la posibilidad de que algunas piezas hayan sido realizadas en la época colonial, como ya señaló Pasztory<sup>5</sup> o que la cerámica se siguiera utilizando en tiempos de los españoles.<sup>6</sup> Distintos materiales son analizados desde perspectivas diferentes y proporcionan informaciones a veces difíciles de compaginar. Ahí volvemos a los problemas de definición, tanto de la unidad de referencia como de los asuntos que se van a tratar. En la arqueología solemos encontrar estilos artísticos, patrones de asentamiento, etc., que la costumbre hace que agrupemos como culturas, mientras que en los documentos lo que encontramos con preferencia son asuntos políticos. Y en general, las culturas arqueológicas y los estados etnohistóricos se resisten a coincidir y mucho menos, a evolucionar conjuntamente. Y si añadimos al coctel la lengua y la etnia, el asunto se complica aún más. Está claro que en el imperio "azteca" se hablaban diversas lenguas, incluso en la capital,

<sup>5</sup> PASZTORY, "El arte mexica".

<sup>6</sup> CHARLTON "Ethnohistory and archaeology" y PASZTORY, "El arte mexica".

y se identifican individuos de distintas etnias. De hecho, para bastante tiempo antes, ya se hablaba de un barrio mixteco en Teotihuacan y para nuestro gusto aún no se ha explicado satisfactoriamente la presencia de individuos de aspecto maya en los murales de Cacaxtla, en pleno altiplano central de México.

El factor tiempo tiene también diversas vertientes. Por un lado, está el tiempo actual y su relación con el conocimiento y sus avances. Nos resistimos a los cambios, cuando la investigación lo que pretende es precisamente eso. Hay una gran inercia científica que hace que no se desechen a tiempo los trabajos y las ideas que han quedado obsoletas a la luz de nuevos descubrimientos. Es muy frecuente que trabajos innovadores paguen un precio al pasado, con el costo de no tener la trascendencia que debieran si se analizaran con profundidad las implicaciones de las nuevas propuestas y se pusieran en relación con un conjunto. Y en este factor entran de lleno las modas, con su trasiego de actualidades y olvidos. Uno que enlaza con otra vertiente del factor tiempo, es el problema de la cronología. Creemos que dista mucho de estar resuelto, pero no está de moda su análisis y cuando uno manifiesta sus dudas, hasta lo miran mal. Claro que es incómodo que uno de nuestros marcos de referencia, en vez de ser un problema resuelto sea un problema latente, y con mirar a otro lado no resolvemos nada. Y en este asunto, la arqueología y la etnohistoria vuelven a ir cada una por su lado, "resolviendo" las disparidades con la invención de "siglos de oscuridad" u "horizontes intermedios". Cuando Peter James y sus colaboradores (1993) lanzaron su desafío a los estudiosos del Viejo Mundo, la respuesta fue más bien fría, y eso en los

casos en que la hubo. Claro que cambiar las fechas de una cultura conllevará cambios en las que se relacionan con ella, pero para eso sirve, entre otras cosas, que la unidad de referencia sea Mesoamérica, y no solamente en el posclásico. Teotihuacan y el mundo maya son un ejemplo de cronologías “enlazadas”, y Tula y Chichén Itzá, otro de cronologías que no cuadran.

El tercer factor es el componente evolutivo de Mesoamérica. Centrémonos en el posclásico: los arqueólogos lo dividen en cinco fases, desde Azteca I a Azteca V, pero eso causa confusión, pues el término “Azteca” designa varias cosas, y la más recurrente es servir de apellido al imperio de Tenochtitlan, sobre todo en Estados Unidos. Pero ni en el Azteca I ni en algunas fases posteriores, se había fundado aún Tenochtitlan. El lío es mayor cuando acudimos a los estudiosos de documentos entre la mayoría de los cuales solamente existen esos “aztecas” que fundaron Tenochtitlan y la convirtieron en la capital de un imperio. La diacronía en este caso se centra en la migración de esa gente, en sus mitos, en la fundación de su ciudad, crecimiento e independencia, para llegar a su apogeo y fin. Los demás, cuando aparecen, se suelen limitar a ser comparsas. No parecen existir por sí mismos, con el resultado de que se pierde ese mundo mesoamericano al que los migrantes llegaron, se incorporaron y dominaron. La bibliografía sobre esos periodos es muy escasa, como bien puede atestiguar Carlos Santamarina en su análisis del imperio Tecpaneca. Esta entidad política que dominaba el valle de México antes del apogeo mexicana está casi desvanecida, apareciendo, sobre todo en los momentos de su fin, cuando duró más que el imperio que la sucedió. Y si con los tecpanecas vamos mal,

con los llamados “toltecas epigonales”, mucho peor. Ahí sí que disfrutamos de un periodo “oscuro”, algo que enlace el fin de Tula con lo que vino después. Hemos dejado para el final Tlatelolco, que parece no darnos más que quebraderos de cabeza, y para evitarlos, procuramos ignorarlo. El hecho de que haya tenido un *tlahtoani* —por cierto, mexica-tlatelolca— antes que Tenochtitlan —el mexica-tenochca—<sup>7</sup> y que se mantuviera independiente de un imperio del que le separaba una calle durante casi 40 años, no nos preocupa en demasía. Y así, aunque reconocemos una milenaria secuencia de ocupación en el centro de México, nuestra explicación avanza a trompicones, sin enlazar unos periodos con otros, como si cada “cultura” fuera autónoma y no parte de una secuencia. En el Mayab lo han resuelto mejor: son mayas desde el principio de los tiempos, sin considerar rupturas entre los distintos periodos o el gobierno de distintas entidades políticas. La propaganda de la documentación de procedencia mexica ha impuesto su ley durante siglos, opacando la posibilidad de realizar estudios de los lugares que no formaban parte del imperio, o del tiempo en que no formaban parte de él, así como de la forma en que se incorporaron al imperio. Y en el mundo de alianzas cambiantes que fue la Mesoamérica del posclásico esos estudios son clave para entender el conjunto. Estudiamos las partes para comprender el todo, y la descripción de éste, debe considerar las características de las unidades que lo componen. Y contra lo que pueda parecer revisando la bi-

---

<sup>7</sup> Me hago eco con la mención de los dos *tlatoque* mexica de las preocupaciones de Carlos Santamarina, al que agradezco aquí compartirlas conmigo.

bliografía, el "Imperio Azteca" no es Mesoamérica en el posclásico, sino un fragmento cambiante de ella.

#### MESOAMÉRICA COMO UNIDAD DE ANÁLISIS

Por un lado, tenemos entidades políticas nombradas en los documentos, y por otro, tenemos sitios arqueológicos, aunque no siempre coinciden. Hay ruinas cuyo nombre en la época desconocemos, y por tanto, no conseguimos colocar en su sitio, y tenemos nombres cuya identificación física no hemos encontrado. Y, por último, tenemos identificaciones cuando menos dudosas. Uno de estos casos, con una historia a cuestas, es la localización de la ciudad de Tula. En la década de los años cuarenta se impuso la idea de que las ruinas de Tula de Allende, en el estado de Hidalgo, se correspondían con la ciudad de referencia de los documentos, dejando a un centro tan importante como Teotihuacan despojado de su entidad histórica. Últimamente, algunas voces, entre las que nos contamos, ponen en duda esa identificación, se fundan, entre otras cosas, en que Tula no cumple los requisitos que se utilizan para caracterizar a la capital de un imperio, además de que su situación geográfica es anómala en la dinámica evolutiva de Mesoamérica, y pretenden reabrir un debate que nunca se debió cerrar. Teotihuacan vuelve a ser buena candidata, aunque tendríamos que reformar la cronología, y Cholula, llamada en diversos documentos Tollán Chollollan, es una alternativa con algunos visos de verosimilitud. Claro que si cambiamos el papel de Tula, algo habrá que hacer con las relaciones entre Tula y Chichén Itzá, sobre todo en lo que concierne en los parecidos físicos. Lo que es cierto respec-

to a Cholula es que no podemos quedarnos como estamos ahora: tiene la pirámide más grande, dedicada a uno de los dioses más importantes de la mitología náhuatl, era centro de referencia política, como muestra la *Historia tolteca-chichimeca* y religiosa, hasta el punto de que Hernán Cortés dirigió sus pasos hacia ella desde Tlaxcala, no siendo la ruta más directa para llegar a Tenochtitlan, pero se nos ha quedado como un mero “señorío independiente”. Y por cierto, quizás no sea casualidad que la misma persona que dedicó un libro al periodo inmediatamente posterior a la caída de Tula sea quien ha dedicado otro a los señoríos independientes del imperio azteca.<sup>8</sup> Claro que a la luz de estudios recientes acerca del imperio azteca, habrá que revisar la condición de estos señoríos independientes, y su relación con el poder dominante, teniendo siempre en mente que ésta puede ser cambiante. Con un imperio basado en el contenido de la *Matrícula de Tributos*, las evoluciones de lugares como Huexotzingo y Cholula eran difíciles de comprender y la explicación de sus alianzas cambiantes con Tenochtitlan, complicadas de explicar, pero con la distinción entre “provincias tributarias” y “provincias estratégicas” realizadas por Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger<sup>9</sup> podemos encontrarle otro acomodo. A nosotros no nos gusta mucho el uso del término “provincia”, pues creemos que no responde bien a la concepción mexica de las relaciones de poder, y aunque en la parte tributaria pueda haber algún rastro de ellas, en la estratégica,

<sup>8</sup> DAVIES, *Los señoríos y The Toltec Heritage*.

<sup>9</sup> BERDAN, BLANTON, BOONE, HODGE, SMITH y UMBERGER, *Aztec Imperial Strategies*.

no. Preferiríamos utilizar entidades, ya sean señoríos, pueblos, estados o señores “tributarios” y “estratégicos”, sin descartar que haya otras posibilidades de pertenencia, en una de las cuales quizá estaría Cholula. Lo que está claro es que se ha abierto una importante vía de análisis, que nos está llevando cada vez más allá, por fortuna. En varios capítulos del libro *Aztec Imperial Strategies*, se ofrece una visión provincial del imperio, lo que nos va permitiendo abrir el panorama, y se reconoce la multiplicidad de formas de pertenecer a él, aunque no se trata sólo de la dinámica de estas pertenencias. Esa línea está también en marcha, con algunas investigaciones locales cuya publicación —otra vez coincidencias que no son casuales— está vinculada al mismo grupo.<sup>10</sup> Y Hicks<sup>11</sup> nos ha mostrado cómo se podía pertenecer de varias formas al imperio, pues había estructuras que se superponían. Hablando de estructuras superpuestas, o por usar la terminología del autor, entreveradas, y coincidiendo en el tiempo y en el tema, Pedro Carrasco<sup>12</sup> nos ha dado una visión más amplia del asunto. Y es que el libro de Berdan *et al.*, con todas sus virtudes, que son muchas, adolece del defecto de seguir presentando una óptica mexicana. El imperio que estudian sigue siendo el *culhúa-mexica*, al que por convenciones fundamentalmente de Estados Unidos siguen llamando “Azteca”, es decir, el de Tenochtitlan. En cambio, el objeto del análisis de Carrasco, como reza en el título, es la Triple Alianza, los imperios de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan

<sup>10</sup> BARBOSA-CANO, “Huaxyacac” y ROJAS, “After the Conquest”.

<sup>11</sup> HICKS, “La posición de Temazcalapan” y “Subject”.

<sup>12</sup> CARRASCO, *Estructura político-territorial*.

y su grado de integración, o simple entreveramiento de territorios. Y el desafío para todos es la armonización de las dos formas de ver las cosas, o la integración de los datos de Berdan y compañía en el modelo más amplio de Carrasco, un desafío que va más allá, pues debemos plantearnos la posición política de los sitios subordinados con sus propios sujetos y sobre todo el papel de los lugares no sometidos, sus grados de proximidad y alejamiento, y los enfrentamientos bélicos. Las guerras entre Tenochtitlan y los purépechas no son meras anécdotas históricas, sino debieron tener un papel importante en la geoestrategia de Mesoamérica. Unos años antes, en un texto que ha circulado poco —¡dichoso provincialismo!— Druzo Maldonado<sup>13</sup> nos había mostrado la coexistencia en el actual Morelos de lugares sometidos a una, dos o las tres cabeceras de la Triple Alianza. A nosotros, y a la vista del rumbo que van tomando las investigaciones, nos queda la duda de si era literalmente así o es que en algunos lugares había partes que tributaban a señores distintos. Otra vez nos encontramos con las unidades de análisis, y en este caso lo que nos concierne es decidir si el entramado político se basaba en territorios —*altépetl*— o señoríos, entendidos como el dominio de una persona —*teucyotl* y *tlahtocáyotl*—, y si unos y otros estaban superpuestos, entreverados o tenían obligaciones múltiples, como le ocurría a los de la Ucila.<sup>14</sup> Esta visión desde las provincias tiene diversas virtudes. La primera, proporcionar otros puntos de vista que nos están ayudando a comprender mucho mejor el conjunto: la di-

<sup>13</sup> MALDONADO, *Cuanabahuac y Huaztepec*.

<sup>14</sup> Véase ROJAS, "La organización", p. 158.

versidad del imperio estaba más en la base que en la cúspide, así que hay que mirar a aquélla para buscar las peculiaridades locales. Y lo que encontramos es la evolución: hay un antes y un después, y se producían modificaciones, pero también hay vida local durante la pertenencia al imperio. Otra vez uno de los pioneros en señalar eso es Smith,<sup>15</sup> cuyo análisis de Cuaunáhuac nos pone sobre la pista de lo que podemos aprovechar de la ingente historiografía sobre los mexica. Y es que al colocarse como protagonistas de la historia desde la salida de Aztlán, lo que nos han brindado también es un panorama de lo que ocurría con los independientes y los sometidos. Como hemos señalado ya, las noticias sobre los otros son escasas y tendenciosas, pero las noticias sobre ellos mismos son muy abundantes, aunque también tendenciosas, pero algo podemos rescatar. Cómo un grupo pequeño migra, se establece y medra. El primer siglo de Tenochtitlan es un ejemplo de crecimiento y ascenso político. Las alianzas matrimoniales, primero con Culhuacán —un sitio subordinado— y luego con Azcapotzalco —el lugar principal— es una muestra de ello, pero hay más, algunas poco utilizadas. Es tradición aceptar la lista de *tlatoque* mexica-tenochca sin más que algún reparo a los primeros y algunas dudas en la sucesión de Motecuhzoma Ilhuicamina, pero hay otras posibilidades, de las que me permito señalar una: si tomamos el *Códice Florentino*, en el libro VIII, encontramos en el capítulo primero a los señores de Tenochtitlan; en el segundo, a los de Tlatelolco, y en el tercero, a los de Texcoco, todos sentados en sus *icpallis*, tapados con sus mantas ricas y con el glifo de su

<sup>15</sup> SMITH, "The Role".

nombre detrás, pero si vamos a los *Primeros Memoriales*, los primeros señores de Tenochtitlan (Acamapichtli, Huitzilíhuítl y Chimalpopoca) están sentados en un petate simple, y a partir de Itzcóatl son representados en el *icpalli*; en el caso de Texcoco ocurre algo similar, con los tres primeros (Tlaltecatzin, Techotlallatzin e Ixtlilxóchitl) en petate y a partir de Nezahualcóyotl en *icpalli*. Los de Tlatelolco no aparecen. El texto en náhuatl extiende la denominación de *tlatocáyutl* a todos, pero la representación gráfica varía. Es interesante que así suceda, y que Sahagún lo unificara en su “puesta en limpio”. Para terciar algo más en el asunto, en el *Códice Mendoza*, todos los *tlatoque* aparecen sentados en un petate sin respaldo, y en el *Códice Coxcatzin*, tanto los de Tenochtitlan como los de Tlatelolco, aparecen en *icpalli*. Lo que no debemos desdeñar es la posibilidad de que hubiera cambios de estatus de los lugares sometidos dentro del imperio, lo que podría conllevar cambios en las obligaciones. El factor tiempo es vital. Y sin dejarlo, vamos a mencionar las posibilidades que trae la superación de otra forma de provincialismo, que es la división entre prehispanistas y colonialistas. En los documentos del siglo XVI hay mucha información sobre la estructura política indígena, sobre todo la local, donde hay muchas continuidades. Hemos tenido ocasión de ahondar en ello en nuestra investigación de los señores coloniales,<sup>16</sup> pero vamos a traer a colación otra obra:

La subsistencia colonial de las tradiciones históricas prehispanicas, la sofisticación del poder indio manejada todavía por

<sup>16</sup> ROJAS, *Cambiar para que yo no cambie*.

linajes y caciques, la tenencia señorial de la tierra, la formación de un poblamiento único entreverado, los valores de la vida comunitaria, los derechos, privilegios y prestigio de la nobleza nativa, los mecanismos de recolección del tributo y muchos otros rasgos de la cultura de las sociedades indígenas tuvieron como fundamento la continuidad negociada de sus instituciones políticas básicas.<sup>17</sup>

Y en esas continuidades podía estar incluida, precisamente, esa capacidad de negociación, esa búsqueda de un lugar mejor en las circunstancias de cada momento. En su libro, García Castro nos muestra cómo los señores otomanos aprovecharon la llegada de los españoles para tomar revancha de los mexicas que les habían conquistado antes. Y en las discusiones del siglo XVI que analiza hay una preciosa información de cómo se repartió el territorio cuando fue conquistado por Axayácatl.

Mesoamérica en el posclásico, pero también antes y después, independientemente del nombre que le demos. E incluso más allá, como propusieron López Austin y López Luján,<sup>18</sup> al incorporar Aridoamérica y Oasisamérica a su estudio del pasado indígena de México. Volviendo a nuestro tema principal, de hecho, en la ampliación de nuestro punto de mira, un primer paso —y a veces el primero es el más difícil— nos lo han proporcionado ya los mismos autores,<sup>19</sup> quienes habían dado algunos avisos. Tenemos ahora el primer volumen dedicado a Mesoamérica en el posclásico como

<sup>17</sup> GARCÍA CASTRO, *Indios*, p. 327.

<sup>18</sup> LÓPEZ AUSTIN, LÓPEZ LUJÁN, *El pasado*.

<sup>19</sup> SMITH y BERDAN, *The Postclassic Mesoamerican World*.

unidad de análisis. De momento son multitud de capítulos diversos que responden a los intereses y campos de estudio de una docena de investigadores de Estados Unidos, pero la puerta está abierta para que reconozcamos como marco de referencia una entidad que funcionaba en su momento y remitamos a él nuestras investigaciones, de manera que podamos integrar un modelo funcional en el que encuentren su lugar las tradiciones cerámicas, los estilos artísticos, las culturas arqueológicas, los imperios y unidades políticas que interactuaban, las etnias y los lenguajes, los datos históricos que recogemos en los documentos, y con todo ello podamos presentar una relación dinámica de la evolución de una sociedad compleja y múltiple.

Tenemos problemas con los datos, pero debemos estar conscientes de que nuestras interpretaciones están sujetas a muchas influencias, más de las que nos gustaría y, probablemente porque se trata de analizar lo que hacen los colegas que están en activo, tendemos a obviar esa vertiente de nuestro oficio. La presencia reiterada en estas pocas líneas de un grupo de investigadores cuyo trabajo va abriendo nuevas puertas, algunas de las cuales son franqueadas por ellos mismos y otras quedan abiertas para que se sumen nuevos investigadores es un testimonio de las posibilidades del análisis historiográfico, cuya práctica nos ayuda a poner cada cosa en su sitio y a adquirir la perspectiva suficiente para ser capaces de aprovechar los conocimientos brindados por nuestros predecesores para contribuir al progreso de la investigación.<sup>20</sup>

---

<sup>20</sup> ROJAS, *El imperio azteca*.

## REFERENCIAS

BARBOSA-CANO, Manlio

“Huaxyacac. Aztec Military Base on the Imperial Frontier”, en HODGE y SMITH, 1994, pp. 377-404.

BERDAN, Frances F., Richard E. BLANTON, Elizabeth H. BOONE, Mary G. HODGE, Michael E. SMITH y Emily UMBERGER

*Aztec Imperial Strategies*, Washington, D. C., Dumbarton Oaks, 1996.

CARRASCO, Pedro

*Estructura político-territorial del imperio tenochca: la triple alianza de Tenochtitlan, Tetzco y Tlacopan*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, 1996.

CHARLTON, Thomas H.

“Ethnohistory and Archaeology: Post-Conquest Aztec Sites”, en *American Antiquity*, 34 (1969), pp. 286-294.

DAVIES, Nigel

*Los señoríos independientes del Imperio Azteca*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1968.

*The Toltec Heritage*, Norman, University of Oklahoma Press, 1980.

GARCÍA CASTRO, René

*Indios, territorio y poder en la provincia Matlatzinca*, México, El Colegio Mexiquense, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1999.

HICKS, Fred

“La posición de Temazcalapan en la Triple Alianza”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, 17 (1984), pp. 135-260.

"Subject States and Tribute Provinces. The Aztec Empire in the Northern Valley of Mexico", en *Ancient Mesoamerica*, 3 (1992), pp. 1-10.

HODGE, Mary G. y Michael E. SMITH

*Economies and Politics in the Aztec Realm*, Albany, Institute for Mesoamerican Studies, State University of New York, 1994.

JAMES, Peter

*Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona, Crítica, 1993.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo y Leonardo LÓPEZ LUJÁN

*El pasado indígena*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

MALDONADO, Druzo

*Cuanabnahuac y Huaztepec (Tlalhuicas y Xochimilcas en el Morelos prehispánico)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

PASZTORY, Esther

"El arte mexica y la conquista española", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, 17 (1984), pp. 101-124.

ROJAS, José Luis de

"El transporte de larga distancia en Mesoamérica: comentarios a R. D. Drenan", en *Revista Española de Antropología Americana*, 16 (1986), pp. 9-18.

"La organización del Imperio mexica", en *Revista Española de Antropología Americana*, 21 (1991), pp. 145-169.

"Los aztecas ¿Cultura arqueológica o cultura con arqueología?", en *Revista Española de Antropología Americana*, 24 (1994), pp. 75-92.

"After the Conquest. Quauhtinchan and the Mexica Province of Tepeaca", en HODGE y SMITH, 1994, pp. 405-431.

"Acerca de la definición y uso de las fuentes. Una perspectiva indígena americana", en *Estudios de Historia Social y Económica de América*, 14 (1997), pp. 45-58.

“El indio evanescente. El estudio de la América colonial”, en *Anales del Museo de América*, 5 (1997), pp. 53-72.

*Cambiar para que yo no cambie. La nobleza indígena en la Nueva España*, Madrid, Doce Calles, 2004.

*El Imperio Azteca: historia de una idea*. Madrid [en prensa].

SMITH, Michael E.

“The Role of Social Stratification in the Aztec Empire: A View from the Provinces”, en *American Anthropologist*, 88 (1986), pp. 70-91.

“Perspectives on Mesoamerica. A Quarter-Century of Aztec Studies”, en *Mexicon*, xxv:1 (2003), pp. 4-10.

SMITH, Michael E. y Frances F. BERDAN

*The Postclassic Mesoamerican World*, Salt Lake City, University of Utah Press, 2003.